

importancia las rebeliones populares: la revuelta se convierte en la Edad Moderna en el cauce del descontento de todas las capas sociales. La forma más conocida de protesta fue la «revuelta de los campesinos», acaudilladas en la mayor parte de los casos por artesanos, predicadores, pequeños nobles y campesinos. Estas sublevaciones ponían de manifiesto las tensiones socioeconómicas latentes en el mundo rural y también en el urbano, porque ambos estaban interrelacionados. Destaca que hubo momentos de mayor intensidad, como ocurrió en la década de 1580, debido a las malas cosechas y la escasez de alimentos, a lo que se unió un aumento agobiante de los precios; todo ello desencadenó una crisis que alcanzó a Inglaterra, Francia, Finlandia, Hungría, Lituania y Ucrania. En el siglo XVII surgen nuevas rebeliones protagonizadas por los *leveller* en Inglaterra o los *haiduks* en Hungría oriental, o las sublevaciones en Rusia, en la alta Austria o en varias regiones francesas. Después de 1648 la tradición de las revueltas campesinas tendió a desaparecer tanto en Europa oriental, donde los siervos sucumbieron a la estructura feudal, como en la occidental, donde hubo algunos brotes en la zona de Bretaña. Analiza la estructura de la revuelta popular, todas ellas responden a unos móviles característicos.

Como contrapartida a esta sociedad agitada surge un Estado con un poder político cada vez más consolidado. El avance hacia el absolutismo entrañó continuas transacciones, la estabilidad de la monarquía absoluta durante el siglo XVII se logró con la colaboración de la estructura social.

A través del libro el autor subraya la movilidad de la sociedad europea desde el fin de la Edad Media hasta el siglo XVIII, período en el que todos los sectores sufrieron transformaciones por múltiples factores, que pone de manifiesto. Por otra parte, hace notar la similitud de estos acontecimientos, que tuvieron una proyección semejante en los diversos países europeos. Exposición de tesis generales que exigen el estudio de su concreción singularizada. Aunque el autor se propone ofrecer una bibliografía seleccionada, quizá hubiese sido conveniente la inclusión de un mayor número de obras referentes a España sobre los temas tratados que son significativos. La sociedad española se inserta en la europea, lo que permite advertir los rasgos comunes con ella, y de forma más diluida es posible seguir también su evolución particular.

Virginia LEÓN SANZ

KOENISBERGER, H. G.: *Politicians and Virtuosi: Essays in Early Modern History*. The Hambleton Press, London, 1986.

Bajo un título tan atractivo como *Políticos y Virtuosos*, se nos ofrece una recopilación de distintos artículos de H. G. Koenisberger después de la aparición, en 1971 de *Estates and Revolutions: Essays in Early Modern Histo-*

ry. Sólo el trabajo correspondiente al capítulo siete (que hace referencia al estado actual de la cuestión acerca de la crisis del siglo XVII) no había sido publicado con anterioridad. En esta obra el profesor Koenisberger demuestra una vez más su capacidad de comprensión de los distintos puntos de vista de los poderes políticos de la época, así como su habilidad a la hora de plantear cuestiones fundamentales y hallar respuestas adecuadas.

¿Qué tienen en común un político y un «virtuoso» de las artes o las ciencias? En primer lugar, su forma de actuar y, en segundo término, el entorno en que desarrollan su actividad. El objeto de la obra es explorar las condiciones cambiantes en que los virtuosos (tanto de la política, como de la ciencia y el arte) desarrollaron su actividad a comienzos de la Edad Moderna, así como establecer los posibles vínculos que les unieron y su mutua interacción.

Para estudiar esas condiciones y esas relaciones, Koenisberger propugna la necesidad de un nuevo tipo de análisis histórico que sirva de complemento a la metodología propia de la historiografía clásica. En este sentido, ante la imposibilidad de establecer teorías de validez general para determinados fenómenos (como las revoluciones del siglo XVII), se muestra partidario de un retorno a la historia narrativa. Desecha, por el contrario, la aplicación a la Edad Moderna de categorías y métodos propios de las modernas ciencias sociales. Señala a este respecto que dos de los errores más frecuentes consisten en suponer que las sociedades de la Edad Moderna eran sociedades aisladas (cuando eran Estados compuestos sometidos al influjo de los países vecinos); así como pensar que lo normal era el estado de equilibrio (cuando un análisis de los hechos pone de relieve la necesidad de un modelo dinámico). Sin embargo, apenas se han construido modelos historiográficos en el campo de la cultura, en la que el papel del individuo (el «virtuoso») es fundamental.

Tanto los políticos como los virtuosos de comienzos de la Edad Moderna tuvieron que sacar el máximo partido de un entorno conflictivo, en el que tenían lugar dos procesos fundamentales. Es el primero de ellos la pugna por el poder que se inicia a finales de la Edad Media, y que se resolverá en la aparición y desarrollo de los Estados modernos. El segundo lo constituye la secularización de la cultura europea. Los siete primeros capítulos los dedica Koenisberger al análisis del primer proceso. Los capítulos 9, 10 y 11 se consagran a la secularización de la cultura y su adaptación a los cambios sociopolíticos. El capítulo 8, que versa sobre la unidad de la Iglesia y la Reforma, sirve de enlace entre ambas partes.

Koenisberger plantea el problema de la lucha por el poder partiendo de un análisis teórico del parlamentarismo (*dominium politicum*) y la monarquía absoluta (*dominium regale*). Tras estudiar sus raíces y su evolución hasta llegar a la Edad Moderna, propugna la necesidad de una teoría que tenga en cuenta el dinamismo social y político para explicar el triunfo o fracaso de cada una de estas tendencias en cada país europeo. Frente a

los modelos tradicionales, el autor sostiene que la pugna entre monarquía y parlamento rara vez tuvo lugar en sistemas políticos «cerrados»: en efecto, las monarquías de la época eran, por lo general, un conjunto de diversos reinos y territorios unidos de forma «personal» por la figura del rey. Dentro de este marco, Koenisberger considera las sublevaciones y guerras civiles de los siglos XVI y XVII como una reacción de los reinos periféricos de una monarquía ante la política del Estado central, que trataba de favorecer los intereses de los sectores más poderosos. La reacción de la monarquía ante cualquier manifestación de descontento de los reinos periféricos solía consistir en realizar concesiones parciales (como destituir a un virrey) y mantener las instituciones locales (que, por otra parte, dependían de forma creciente del poder central). La intervención extranjera es otro de los factores de la pugna por el poder: en un momento dado podía alterar el sistema institucional (como ocurrió, por ejemplo, en Sicilia) o, simplemente, decidir la suerte del combate con la fuerza de las armas, o con su abstención (caso de la sublevación de Cataluña en 1640). Otro elemento a tener en cuenta es, por supuesto, la estructura social y el papel que juegan las distintas fuerzas políticas nacionales, que suelen corresponderse con unos grupos de interés. A comienzos de la Edad Moderna estos grupos son muy restringidos numéricamente, pero tienen un gran peso social y económico, de forma que la victoria final en la pugna política dependerá de su comportamiento.

Por este motivo, cada uno de los bandos en conflicto intentarán atraerlos, a veces de forma poco ortodoxa, cuando su postura no esté bien definida. Esta actitud entronca con el problema del reparto del poder político, que se efectuaba mediante lo que Koenisberger llama un sistema de clientelas. Es particularmente interesante su aplicación de esta teoría al caso de los Países Bajos y, en concreto, a las relaciones entre Orange, Granvela y Felipe II (capítulo 5).

Koenisberger también analiza el funcionamiento de una gran monarquía (en este caso España) y el desarrollo de su «mecanismo de monopolio» y su «mecanismo real» (en términos de Norbert Elías). Tampoco olvida lo que denomina elementos específicos o funcionales, como pueden ser los poderes específicos o los procedimientos de los órganos parlamentarios, la actuación de figuras relevantes y su personalidad (por ejemplo, la de Felipe II, bosquejada en el capítulo 4), e incluso el hecho fortuito de una sucesión masculina. El nacionalismo es otro de los factores a considerar, sobre todo en los reinos periféricos. Pero, como señala el autor en el capítulo 6 a propósito de España, el sentimiento nacional podía ser un confuso conglomerado de elementos religiosos, raciales, antiextranjeros, etcétera.

Por otra parte, los reinos periféricos y el resto de las monarquías identificaron este tipo de nacionalismo con un «imperialismo castellano».

¿Cómo se saldó la pugna por el poder? El profesor Koenisberger abor-

da la cuestión en el capítulo que dedica a la crisis del siglo XVII. Tras realizar un resumen de la polémica historiográfica, reconoce la imposibilidad de establecer una estricta relación causal entre la estructura política y social de un país y las revoluciones. Aboga, en cambio, por un modelo dinámico en que tengan cabida los factores antes mencionados, haciendo hincapié en el hecho de que, si bien ninguno de ellos obedece a la casualidad, su interacción escapa, sin embargo, a todo análisis aproximativo.

Sobre las causas de la ruptura de la unidad de la Iglesia (capítulo 8) señala que ésta se fundaba en unas condiciones históricas determinadas, como eran la pobreza y subdesarrollo de Europa, y la existencia de una pequeña «corteza» superior de la sociedad que debía funcionar a nivel internacional para poder atender un tipo de servicios altamente especializados. La Iglesia jugaba un papel central, al ser la única que tenía una organización internacional. Hacia el siglo XIII, como resultado de la acción de esas minorías, la creciente prosperidad hizo posible la aparición de culturas de base regional, que se bastaban para satisfacer la demanda especializada. Al mismo tiempo, se desarrolló la pugna entre las monarquías y el Papado por el control de la Iglesia local, a la vez que comenzó a cuestionarse el papel mediador de la Iglesia al comenzar a imprimirse la Biblia. Todas estas tensiones estallaron en la Reforma, tras la cual la Iglesia Católica logró reorganizarse y sobrevivir como institución, sin que ninguno de los movimientos reformadores consiguiera ocupar el lugar que le había correspondido en la Cristiandad.

¿Qué repercusiones tuvieron la crisis religiosa y el proceso de secularización de la cultura europea? Koenisberger estudia el desarrollo musical a partir del Renacimiento en función, primero, de las teorías clásicas (que hacían referencia a su semejanza con la armonía del universo y a los efectos que causaba en sus oyentes); a continuación, se centra en la reacción del puritanismo, tanto católico como protestante (con la excepción del luteranismo) a raíz de la Reforma y Trento. Puritanismo que, aun prontamente superado, repercutió en una mayor valoración de la música *per se*, así como en un creciente desarrollo de sus contenidos espirituales con independencia de la religión. Este hecho, unido al declive del sentimiento religioso entre las minorías más cultivadas, fue el motivo, según Koenisberger, de que la música se convirtiera cada vez más en una forma de llenar el «vacío psicológico» dejado por la religión.

La ciencia siguió un proceso semejante. Desde finales de la Edad Media comienzan los intentos de separar la «filosofía natural» de la teología.

Los hombres de ciencia van delimitando de forma cada vez más precisa sus campos de acción (sin que en un principio se les acuse de heterodoxia). Además, como en el caso de la música, el declive de la sensibilidad religiosa revistió de un atractivo emocional a la investigación científica. Mientras ésta se mantuvo en general cristiana, se expandió en antiguas áreas del pensamiento puramente religioso, debido no sólo a las respuestas

que proporcionaba (más satisfactorias desde el punto de vista filosófico), sino también a sus aplicaciones prácticas e incluso (como ocurrió en Inglaterra) al hecho de que sus discusiones no implicaban las nefastas consecuencias de las disputas teológicas. En resumen, aunque la ciencia no se impuso a la religión, ocupó un lugar cada vez más importante y resultó cada vez más atrayente para los intelectuales (en detrimento de la teología).

Por último, el profesor Koenisberger analiza el marco en que se desenvuelve la actividad cultural de la época, centrándose en el caso concreto de Italia. Al relacionar cada forma sociopolítica (las repúblicas urbanas, las pequeñas cortes y las grandes capitales) con una etapa del desarrollo cultural (Renacimiento, Manierismo y Barroco), el autor hace algo más que efectuar un repaso de las distintas condiciones en que se desenvuelven los «virtuosi». Resalta el desplazamiento de los centros culturales hacia las grandes urbes, coincidiendo con el fenómeno de la urbanización y la aparición de las grandes capitales metropolitanas. Pero, ante todo, al evaluar la incidencia de las distintas formas políticas en el estilo e incluso en la orientación de la creación cultural hacia distintas actividades, Koenisberger nos está hablando de las relaciones entre el poder y la cultura dentro de una sociedad determinada. El diálogo entre políticos y virtuosos se produce así en medio de un complejo entramado de acontecimientos de la más diversa índole.

En definitiva, los modelos dinámicos propuestos por Koenisberger no tienen otro fin que suscitar la polémica y la reflexión, contribuyendo así a enriquecer nuestra visión de una de las etapas más complejas de la Historia.

Milagrosa ROMERO SAMPER

GIJSEY, R. E.: *Le roi ne meurt jamais. Les obsèques royales dans la France de la Renaissance*. Préface de François Furet, Flammarion, Paris, 1987.

El 14 de mayo de 1610, uno de los treinta días que han hecho a Francia, según quiere una conocida editorial, François Ravailac acabó de un golpe de cuchillo con la vida del rey Enrique IV de Navarra. Como se sabe, para explicar las consecuencias de este hecho y de esta jornada, Roland Mousnier escribió su famoso, *L'assassinat d'Henri IV* (Gallimard, Paris, 1964), sirviéndose del magnicidio tiránida para tratar el proceso de afirmación de la monarquía absoluta en el siglo XVII: éxito del absolutismo que, concluye el autor, vendría a «sauver l'indépendance de la France et les libertés de l'Europe, accroître le territoire français, imposer aux Français les transformations nécessaires» (página 270).

Pero el camino elegido por Mousnier para hablar de una y otra cosas,